



Serie Historia de Israel

(Romanos Capítulo 11 NVI)

Diciembre 8, 2021

Lectura: Romanos 11:1-5, 11, 12

1 Por lo tanto, pregunto: ¿Acaso rechazó Dios a su pueblo? ¡De ninguna manera! Yo mismo soy israelita, descendiente de Abraham, de la tribu de Benjamín. **2** Dios no rechazó a su pueblo, al que de antemano conoció. ¿No saben lo que relata la Escritura en cuanto a Elías? Acusó a Israel delante de Dios: **3** «Señor, han matado a tus profetas y han derribado tus altares. Yo soy el único que ha quedado con vida, ¡y ahora quieren matarme a mí también!»^[a] **4** ¿Y qué le contestó la voz divina? «He apartado para mí siete mil hombres, los que no se han arrodillado ante Baal». **5** Así también hay en la actualidad un remanente escogido por gracia. **11** Ahora pregunto: ¿Acaso tropezaron para no volver a levantarse? ¡De ninguna manera! Más bien, gracias a su transgresión ha venido la salvación a los gentiles, para que Israel sienta celos. **12** Pero, si su transgresión ha enriquecido al mundo, es decir, si su fracaso ha enriquecido a los gentiles, ¡cuánto mayor será la riqueza que su plena restauración producirá!





INTRODUCCION:

Las Escrituras son muy claras al mostrar que entre todas las naciones, Dios escogió a Israel como la nación con la cual Él trabajaría. Ésta fue la nación que Dios libertó de la esclavitud en Egipto, la nación a la cual Dios le dio la tierra de Canaán, la nación a través de la cual vendría Jesús, el Mesías. ¿Hubo algo especial en estas personas que los diferenciaba de otros?

Dios mismo contestó esta pregunta. Al dirigirse a los antiguos israelitas, Él les dijo: “Porque tú eres pueblo santo para el Eterno tu Dios; el Eterno tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, más que todos los pueblos que están sobre la tierra. No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido el Eterno y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos; sino por cuanto el Eterno os amó, *y quiso guardar el juramento que juró a vuestros padres*, os ha sacado el Eterno con mano poderosa, y os ha rescatado de servidumbre, de la mano de Faraón rey de Egipto” (Deuteronomio 7:6-8, énfasis agregado).

Entonces, ¿por qué escogió Dios a Israel? Dios escogió a los antiguos israelitas porque Él le había **prometido a Abraham** que sus descendientes llegarían a ser una gran nación y ocuparían la tierra de Canaán (Génesis 12:3, 7; 17:4, 7-8; 22:17). Dios **bendijo a Abraham** y a sus descendientes debido a la fe de Abraham, una fe viviente por la cual Abraham obedeció diligentemente las instrucciones y la ley de Dios (Génesis 26:3-5). Esta promesa fue repetida al hijo de Abraham, Isaac, y al nieto de Abraham, Jacob (Génesis 17:21; 26:24; 28:1-4, 13).

El propósito de Dios al escoger a Israel era que ellos fueran una nación modelo a las otras naciones y que a través de ellos “todas las familias de la tierra” serían bendecidas (Génesis 12:3). Él quiso que Israel fuera “un reino de sacerdotes y una nación santa” (Éxodo 19:6). Otras naciones verían que cuando los israelitas obedecían a Dios, eran bendecidos (v. 5), y cuando desobedecían a Dios, eran castigados (Deuteronomio 28).

División del imperio de Alejandro Magno

Lisímaco: Rey de Tracia y Bitinia

Casandro: Rey de Macedonia

Ptolomeo I Sotero: Rey de Egipto

Saleuco I Nicátor: Rey de Siria

Ptolomeo I Sotero y Seleuco I Nicátor iniciaron una serie de dinastías rivales cuyas luchas afectaron la paz y estabilidad de Israel



Los Ptolomeos de Egipto (323-204 a.C.)

Ptolomeo I Sotero, que se quedó con Egipto, también recibió Jerusalén y Judea. A los judíos les fue bien, pues se les permitió gobernarse y practicar su religión sin ninguna interferencia. Bajo el gobierno de los Ptolomeos, que hicieron de Alejandría la capital de Egipto y el centro de su comercio y del conocimiento, se les permitía a los judíos viajar a Egipto. Algunos de ellos fueron invitados a asentarse en Alejandría y llegaron a ser grandes eruditos, ya que podían usar la biblioteca de esa ciudad, famosa por ser la más famosa de su tiempo. Muchos judíos se enamoraron de la filosofía y de la lógica griegas, y bebieron hasta la saciedad de la copa del Helenismo.

Se cree que la traducción del Pentateuco al griego koiné fue ordenada por Ptolomeo II Filadelfo. La traducción al griego de todo el Antiguo Testamento (o la Versión de los Setenta), se terminó hacia el año 100 a.C. Varios escritores del Nuevo Testamento citan pasajes de esta versión.

Otros escritos de este periodo intertestamentario fueron los libros Apócrifos, los Pseudoepígrafos y los Rollos de Qumrán (también conocidos como Rollos del mar muerto). Los libros Apócrifos son un conjunto de escritos que incluyen literatura apocalíptica, sapiencial e histórica. De uno de estos libros, 1 Macabeos, los historiadores han obtenido valiosa información acerca del período que va desde la revuelta macabea hasta los días de Juan Hircano. Los libros Apócrifos forman parte del canon de la versión Septuaginta, aunque no del canon de las Escrituras hebreas.

Los libros Pseudoepígrafos son una colección aún más extensa que la de los Apócrifos, aunque no hay acuerdo general entre los estudiosos en cuanto a cuáles obras forman parte de esta colección de escritos, atribuidos a personajes tan célebres como Adán, Enoc, Abraham, Esdras y Baruc. En lo que concuerdan los estudiosos es en que la paternidad de tales personajes no puede avalarse.

Los Rollos de Qumrán, o del mar Muerto, son manuscritos que al parecer fueron escritos o copiados entre los años 200 a.C. y 70 d.C. por una secta judía conocida como los esenios. Todo parece indicar que la comunidad esenia que vivía cerca del mar Muerto practicaba el celibato y una rigurosa disciplina comunitaria, la cual los obligaba a vivir aislados. Estos rollos describen la vida y las creencias del grupo, el cual vivió durante los últimos dos siglos antes de Cristo. Entre ellos se encuentran los manuscritos más antiguos que se conozcan del Antiguo Testamento. Reciben su nombre del hecho de que fueron preservados, y más tarde hallados, en unas cuevas cercanas a la excavación arqueológica conocida como Khirbet Qumrán, en la ribera occidental del mar Muerto.



Los seléucidas reyes de Siria (204-165 a.C.)

Los gobernantes de Siria, a quienes el libro de Daniel llama “reyes del norte” (Dn 11), ambicionaban poseer la hermosa tierra de Israel. Cuando Antíoco III el Grande venció a Ptolomeo V Epífanes de Egipto, Jerusalén y Judá quedaron bajo el dominio sirio. Fue durante este periodo que la tierra de Israel quedó dividida en las provincias de Judea, Samaria, Galilea, Perea y Traconite.

Después de haber establecido su dominio sobre los judíos, Antíoco fue derrotado por los romanos, a los que tuvo que pagar tributo durante muchos años. Para asegurarse de que Antíoco pagará este tributo, los romanos retuvieron en Roma a su hijo Antíoco IV, en calidad de rehén.

Antíoco III el Grande fue sucedido en el trono por su hijo Seleuco IV Filopátor, quien gobernó del 187 al 175 a.C. Antíoco IV Epífanes (el hijo de Antíoco III que había sido retenido en Roma como rehén) mató a su hermano y usurpó el trono, teniéndolo hasta el año 163 a.C. Su sobrenombre Epífanes significa “manifiesto” o “espléndido”.

Hasta ese momento en la historia de Israel, el sacerdocio se había ejercido por derecho de nacimiento, y el oficio era vitalicio. Sin embargo, durante su reinado Antíoco IV Epífanes vendió el sacerdocio a Jasón, hermano del sumo sacerdote. Además de esto, Jasón pago a Antíoco una fuerte suma de dinero para construir un gimnasio griego cerca del templo. No fueron pocos los judíos que en este periodo se rindieron al influjo del estilo de vida helénico, lo cual provocó grandes conflictos entre los judíos ortodoxos y los judíos “helenistas”.

Este conflicto se agudizó cuando Antíoco IV Epífanes intentó apoderarse del trono de Egipto pero se encontró con la oposición de Roma. Por esto, y por lo que considero una revuelta entre los sacerdotes, Antíoco dio rienda suelta a su enojo en contra de los judíos que no buscaban su favor ni adoptaban del todo el helenismo. Dispuesto a acabar con el judaísmo, Antíoco prohibió la circuncisión, y quienes desobedecían eran condenados a muerte. Las copias de la ley eran profanadas con símbolos paganos, o arrojadas al fuego, y a quien se hallaba con alguna copia de la ley se le condenaba a muerte. También se prohibió la observación del sábado. Y por si esto fuera poco, Antíoco sacrificó un cerdo sobre el altar del templo y erigió en el Lugar Santo una estatua de Zeus, la abominación desoladora mencionada en Daniel 11:31. Por último, Antíoco envió a sus oficiales por todo el país para obligar a los judíos a ofrecer sacrificio a Zeus.

El Periodo Macabeo (165-63 a.C.)

Cuando el oficial de Antíoco IV llegó a Modín (pequeño poblado entre Jerusalén y Jope) y ordenó al sacerdote Matatías que ofreciera sacrificio a Zeus, jamás se imaginó



que esta sería la última orden que daría en su vida. Al negarse Matatías a cumplir la orden, un joven judío se dispuso a tomar su lugar. Pero Matatías, furioso, no solo hundió su cuchillo en el pecho del impetuoso judío sino también en el del oficial sirio, después de lo cual huyó a las montañas, acompañado de sus cinco hijos. Fue así como se inició la revuelta macabea bajo el mandato del tercer hijo de Matatías, a quien apodaban Macabeo, es decir “cabeza de martillo”.

Tres años después de la profanación del templo por Antíoco IV Epífanes, los judíos retomaron Jerusalén. Derribarón la estatua de Zeus, restauraron el templo y establecieron los sacrificios instituidos por la tradición judía. El 25 de diciembre celebraron una fiesta de dedicación (Jn 10:22), que a partir de entonces se celebra como fiesta de las luces o Hanukkah. Así se originó la dinastía asmonea, durante la cual los descendientes de Matatías gobernaron Israel hasta el 63 a.C., año en que los romanos conquistaron Jerusalén.

Al morir asesinado Simón, último hijo sobreviviente de Matatías, su hijo Juan Hircano se proclamó rey y sacerdote, y reinó del 134 al 104 a.C. Destruyó el templo samaritano del monte Gerizim, y desde entonces los judíos no volvieron a tener tratos con los samaritanos. Después Juan Hircano se dirigió al sureste y conquistó la tierra de los idumeos, que descendían del antiguo reino de Edom. A los habitantes de este reino se les dio a elegir entre emigrar o convertirse al judaísmo. De aquí provenía Herodes el Grande, a quien los romanos habrían de nombrar rey de los judíos.

Durante el reinado de Juan Hircano nació la secta religiosa Judía conocida como los Fariseos, la cual viene del Hasidismo. El Hasidismo, que se distinguía por su militancia religiosa en la obediencia a la ley y en el culto a Dios, se inició por el año 168 a.C. y formó parte activa de la revuelta Macabea. El término Fariseo significa "separado", y probablemente se usó para referirse a los que se apartaban del arrollador influjo Helenista. En los tiempos neotestamentarios la mayoría de los escribas pertenecían a los fariseos.

En cuanto a la doctrina de los Fariseos reconocían la autoridad del Antiguo Testamento, aunque también concedían la misma autoridad a la tradición oral. Para los fariseos, el estudio de la ley equivalía a un verdadero culto de adoración; creían en la vida después de la muerte, en la resurrección, y en la existencia de ángeles y demonios. Aunque enseñaban que el camino a Dios se hallaba en la observancia de la ley, la interpretación que de ella hacían era más literal que la de los Saduceos. Los fariseos constituían la secta religiosa más numerosa, aunque menguaron en número cuando perdieron el favor de Juan Hircano.

Los Saduceos eran una secta religiosa más pequeña, compuesta en su mayor parte por hombres de clase alta, a menudo pertenecientes al linaje sacerdotal. Tenían, por lo general, mayor poder económico que los fariseos. Por su parte, los fariseos pertenecían mayormente a la clase media de comerciantes y mercaderes. Los Saduceos



sólo reconocían la autoridad de la Torá (es decir, los primeros cinco libros del Antiguo Testamento). Aunque rígidos en la observancia de la ley y apegados a su interpretación literal, negaban la divina providencia, la resurrección, la vida después de la muerte, la existencia de ángeles y demonios, y la recompensa o el castigo después de la muerte. Negaban la obligatoriedad de la ley oral, y eran materialistas.

Los Saduceos tenían en sus manos el control del templo y de sus servicios, aunque su inclinación por el Helenismo les había ganado impopularidad entre el pueblo judío.

Al morir Juan Hircano, lo sucedió en el trono su hijo Aristóbulo I, quien se casó con Salomé Alejandra. Sin embargo, cuando murió Aristóbulo, su hermano Alejandro Janneo, que en el año 103 a.C. Llegó a ser rey y sacerdote, se casó con Salomé. Este matrimonio le creó muchos enemigos, ya que el sumo sacerdote sólo debía casarse con una virgen.

Alejandro Janneo murió en el 76 a.C. y Salomé Alejandra ocupó el trono en su lugar. Pero no pudo ejercer como sumo sacerdote por ser mujer, así que su hijo mayor, Hircano II, asumió ese cargo.

Al morir Salomé se desató una gran lucha interna, ya que Aristóbulo II, su hijo menor, que contaba con el apoyo de los Saduceos, trató de derrocar a Hircano II estaba dispuesto a renunciar al trono, pero el Idumeo Antipáter (padre de Herodes el Grande) trabó amistad con Hirano y lo indujo a buscar ayuda externa para mantener su posición como heredero legítimo. Las fuerzas de Hircano se enfrentaron a las de Aristóbulo y las derrotaron, por lo que Aristóbulo se vio forzado a huir, haciendo del templo en Jerusalén su fortaleza, pero fue sitiado por las fuerzas de Hircano.

A principios de este período los Asmoneos habían firmado un tratado con Romas para mantener a jaque a Siria, su país vecino del norte. Ahora bien, el ejército Romano se hallaba en Siria, bajo las órdenes de Escauro, en vista de que el reino Seléucida había caído. Escauro se enteró de la lucha interna en Judea y acudió allí. Ambos hermanos en pugna se disputaron el apoyo de Escauro, quien tomó el bando de Aristóbulo y ordenó que se levantara el asedio a Jerusalén. La lucha, sin embargo, continuó. Se apeló entonces al general Romano Pompeyo, quien se comprometió a poner fin a la disputa y ordenó que se depusiera las armas hasta su llegada. A pesar de esto, Aristóbulo volvió a Jerusalén y se preparó a resistir, lo que hizo que Roma optara por apoyar a Hircano. Cuando llegó POMpeyo, tomó prisionero a Aristóbulo y a su familia, y asedió la ciudad durante tres meses.

Continuara: